

había cierto sabor á extranjerismo que no podía ser aprobado. Federico subió en seguida al facistol, y después de haber dirigido la vista en derredor, haciendo que su mirada penetrase el corazón de Rosa y obligándola á suspirar, entonó un magnífico cántico del género melodioso de Frauenlob. Todos los maestros declararon unánimemente que nadie podría aventajar á este joven.

En la tarde Maese Martin, para terminar alegremente el día, bajó con Rosa á la pradera del común. Los oficiales Reinaldo y Federico obtuvieron el permiso de acompañarlos; Rosa iba entre ellos.—Federico, animado por los elogios de los maestros, osó dirigirle algunas palabras que la joven fingía no oír, volviendo muchas veces el rostro hacia Reinaldo, quien charlaba alegremente, como de costumbre, y sin ceremonia tomaba el brazo de Rosita. Cuando llegaron al sitio en que los jóvenes de la ciudad se entregaban á toda clase de ejercicios, distinguieron las voces de la multitud, que gritaba: “Ganado, ganado; él es el más fuerte; nadie puede resistirle.” Adelantándose al centro de la reunión, Maese

Martin conoció que todos los elogios se dirigían á su oficial Conrado, quien había vencido en la carrera á todos sus rivales, así como también en la lucha y en el juego de rayuela. Al llegar Maese Martin, Conrado preguntaba si habría quién se quisiese ensayar con él, en un combate de espadas embotadas. Varios jóvenes, habituados á este ejercicio caballeresco, entraron en la liza; pero momentos después Conrado los había fácilmente vencido, y todos alababan á porfía su fuerza y su destreza.

El sol se ponía en el horizonte; los vapores de la tarde subían á la superficie del cielo; Maese Martin, Rosa y los dos oficiales permanecían sentados á la orilla de un bullicioso manantial. Reinaldo hacía magníficos relatos de su viaje á Italia, mientras Federico miraba en silencio á la joven. Conrado se aproximó con pasos inciertos, como si vacilase en unírseles. “Acércate Conrado, gritó Maese Martin; te has conducido como un guapo en la pradera, y mereces que te asocie á mis oficiales. No tengas miedo; siéntate cerca de nosotros, pues yo te lo permito.” Conrado echó una mirada penetrante sobre el maestro que le dirigía tan

satisfactorias palabras, y dijo con voz sorda: “No sois vos quien me intimida, ni necesito de vuestro permiso para sentarme aquí. No vengo á unirme con vosotros. He vencido á todos mis competidores, y vengo á preguntar á esta encantadora niña si por premio de mi victoria me concederá el hermoso ramillete que lleva prendido en el seno.”

Hablando así Conrado, se arrodilló ante Rosa, la vió con sus ojazos negros, y le dijo después: “Querida Rosa, no podéis rehusarme esta gracia; regaládmese ese ramillete como premio de mi victoria.”

Rosa, sonriéndose, desprendió de su pecho el ramillete y se le dió, diciendo “Sé que un digno caballero como vos, tiene el derecho de exigir este dón de una dama. Recibid, pues, mis flores marchitas.”

Conrado besó el ramillete y le colocó en su gorra, en tanto que Maese Martin se levantaba exclamando: “¡Todavía otra locura! ¡Vamos! volvámonos á casa, pues se aproxima ya la noche.” Pasiéronse todos en marcha: Conrado tomó respetuosamente el brazo de Rosa, y los otros dos oficiales siguieronlos con aire descontento.

Los vecinos á quienes se encontraban, se de-

tenían para verlos pasar y decían: “Mirad allí al rico Tobías Martin con su bella hija y sus oficiales. Todos ellos son muy buenas gentes.”

DE QUÉ MODO CONVERSARON MARTA Y ROSA
ACERCA DE LOS TRES OFICIALES, Y CÓMO CONRADO RIÑÓ
CON MAESE MARTIN.

Las jóvenes acostumbraban pensar por la mañana en las alegrías de la fiesta de la víspera, cuyo recuerdo les es muchas veces más agradable que la misma fiesta. Rosa estaba sentada en su alcoba, juntas las manos sobre el pecho, inclinada al suelo su cabeza, y abandonados el torno y la aguja. Tal vez oía los cánticos de Reinaldo y Federico; acaso veía á Conrado obteniendo el triunfo sobre sus competidores; tan pronto ensayaba el tema de una cancioncilla, como se decía en voz baja: “¿Queréis mi ramillete?”

te?” y su rostro se llenaba de rubor súbito, centelleaban sus ojos al través de las pestañas, y un suspiro fugitivo salía de su pecho. Marta entró, y Rosa se alegró de poderle referir cuanto había pasado en la iglesia de Santa Catalina y en la pradera.

Cuando hubo terminado, díjole Marta sonriéndose: Veamos, querida Rosa, tendrás que escoger muy presto entre tres hermosos apasionados.

—¡ En nombre del cielo! exclamó Rosa asustada y con el rostro encendido, ¿qué decís Marta? . . . ; Yo . . . tres apasionados!

—Querida niña, replicó Marta, no os hagáis de las nuevas. Preciso es estar ciega para no ver que Reinaldo, Federico y Conrado están enamorados de vos.

— ¡ Vaya una idea! murmuró Rosa ocultándose el rostro con las manos.

—Vamos, pobre niña, continuó Marta sentándose cerca de ella; mírame y confiesa que has notado hace ya muchos días cuánto se ocupan de tí los oficiales. Confésalo. Bien ves que no puedes negarlo, y sería muy raro que una joven dejase de notar desde luego estas cosas. ¿No has visto cómo las miradas se dirigen á tí, cómo se anima

todo en el taller luego que tu te presentas; cómo Reinaldo y Federico entonan su canción más hermosa, y cómo el fogoso Conrado se calma con tu presencia? ¿No has visto que cada cual se empeña en aproximarse á tí, y cómo se anima el semblante de aquel á quien diriges una palabra dulce ó una tierna mirada? ¡ Ah, hija mía! ¿No es una dicha que tales jóvenes se afanen así en derredor tuyo? Tú escojerás á uno de los tres: ¿á quién? esto es lo que yo no oso decir, puesto que tratas bien á todos ellos, aunque yo creo . . . pero ¡ chitón! Si te me acercases diciéndome, “aconsejadme, Marta: ¿á quién de estos jóvenes debo conceder mi corazón y mi mano?” yo te contestaría: “si tu corazón no te lo dice en voz alta, despáchalos á todos á otra parte.” Por lo demás, Reinaldo me agrada mucho, y lo mismo Federico y Conrado, si bien tengo algo que objetar contra cada uno de ellos. Sí, querida Rosa: cuando veo trabajar con tal ardor á estos jóvenes oficiales, siempre pienso en mi pobre Valentín, y me digo que él mismo no habría podido ejecutar mejores obras; pero tenía otro aire y maneras del todo distintas cuando se ponía á trabajar. Notábase que lo hacía de

corazón, y con toda su alma; en tanto que estos jóvenes parecen tener en la cabeza algo que no es su trababajo, y diríase que se han echado encima un fardo que soportan con valor. Federico es quien más me agrada; su natural es dulce y honrado. Parece que nos pertenece más de cerca que los demás. Comprendo cuanto dice y lo que más me gusta en él, es que apenas osa verte, que se ruboriza cuando le hablas, y en una palabra, que ha conservado la piadosa timidez de un niño.”

Mientras hablaba así Marta, una lágrima brillaba en los ojos de Rosa; levantóse, y, dirigiéndose á la ventana, dijo: “Sí, amo también á Federico; pero no por eso he de despreciar á Reinaldo.”

—¿Ni cómo podría yo despreciarle? exclamó Marta; evidentemente Reinaldo es el más bien parecido de todos. ¿Qué ojos los suyos! No; cuando os echa una de sus miradas penetrantes, no se le puede resistir. Pero hay en él no sé qué de singular que me desconcierta. Parece que Maese Martin debe experimentar al verle en su taller, lo que experimentaría yo si alguien depositase en mi cocina un utensilio de oro y diamantes

para que me sirviese de él como de un utensilio ordinario; no osaría tocarle. Habla, refiere historias, sus palabras resuenan cual música armoniosa y os subyugan; pero cuando pienso después en lo que ha dicho, resulta que no he comprendido jota de ello. Y cuando se chancea á nuestro modo y quiere ser como nosotras, toma de repente un aire distinguido que me asusta. No puedo, sin embargo, decir que tenga las maneras de nuestros gentiles hombres y de nuestros patricios; no, es diferente de ellos. En una palabra; diría, y Dios sabe la causa, que se halla en relaciones con los espíritus superiores, como si perteneciese á un mundo diverso. Conrado es un mozo bruseo, gallardo, impetuoso, y en todos sus ademanes hay un sello de distinción que no se hermana con el mandil. Además, obra como si debiera ser aquí el amo, y como si los demás estuviesen obligados á obedecerle. En el poco tiempo que lleva de estar en la casa, ha logrado ya dominar á Maese Martin. No obstante, es de un carácter tan bueno, y tan honrado, que no se le puede guardar rencor. Hasta pudiera añadir que, á pesar de sus modos imperiosos, me agrada más que Reinaldo,

porque todo lo que dice con su acostumbrada violencia se comprende bien. Apostaría á que ha sido soldado: sabe manejar las armas y usa ciertas expresiones militares que le caen bien. Ahora díme tú, Rosita, sin excusas, quién de los tres oficiales te agrada más.

—Ya no me hagáis preguntas inútiles, Marta, contestó Rosa. Lo que hay de cierto es que Reinaldo no me inspira miedo como á vos. No puedo negar que tiene un aire enteramente diverso del que tienen sus compañeros; mas su conversación es para mí como un hermosísimo jardín lleno de flores agradables y de frutos desconocidos que me deleito en contemplar. Desde que Reinaldo está aquí, infinidad de cosas que me parecían tristes y descoloridas, han tomado á mis ojos forma brillante y poderoso atractivo.

Marta se levantó y, amenazando á Rosa con el dedo, le dijo al irse: “¿Así, pues, te decides por Reinaldo? Nunca lo habría creído.”

—Marta, replicó Rosa, os suplico que no creáis ni sospechéis cosa alguna. Dejemos que se cumpla la voluntad del cielo, y aceptémosla humildemente.

Durante esto, el taller de Maese Martín estaba muy animado. Para satisfacer á todos sus pedidos había tomado nuevos oficiales, y el ruido del martillo y del hacha resonaba á gran distancia. Reinaldo acababa de tomar las medidas del gran tonel destinado al obispo de Bamberg, y le había hecho tan bien, acompañado de Federico y de Conrado, que saltaba de alegría el corazón de Maese Martín. “Hé aquí, exclamó, lo que se llama un hermoso trabajo. No se habrá visto un tonel igual, excepto mi obra maestra.”

Los tres oficiales acomodaban ruidosamente los aros sobre las duelas. El anciano Valentín cepillaba con ardor, y Marta estaba sentada detrás de Conrado, con sus niños que corrían gritando de un extremo á otro. Era aquel un alegre cuadro; y apenas notaron que el viejo Holzschuer estaba en el taller, Maese Martín, al verle se adelantó hacia él informándose cortesmente del objeto de su visita.

—“Quería ver otra vez más, dijo Holzschuer, á mi querido Federico, que trabaja allí con tanto celo. Además, necesito para mi cueva de un buen tonel, y vengo á pedí-

rosle. Pero ese que vuestros oficiales están acabando, es precisamente el que me convendría. ¿Querréis cedermele y decirme su precio?”

Reinaldo que en este momento descansaba de su trabajo, le dijo: “¡ Ah, mi querido maestro! Renunciad á ese tonel, pues está destinado al venerable obispo de Bamberg.”

Maese Martin, con los brazos cruzados á la espalda, adelantado el pié izquierdo, y la cabeza echada hacia atrás, dirigió una mirada radiante al tonel, y dijo con orgullo: “Querido Maese Holzschuer, al ver lo escogido de esta madera y lo exquisito del trabajo, habríais debido comprender que un tonel semejante sólo podía estar reservado á una cueva de príncipe. Reinaldo ha dicho muy bien; no pidáis una obra como ésta. Mas, luego que terminen las vendimias, os haré un buen tonel, tan sólido como se necesita para vuestra cueva.”

El viejo Holzschuer, irritado con el orgullo de Maese Martín, pretendió que sus monedas de oro pesaban lo mismo que las del obispo de Bamberg, y que mediante su dinero, en cualquier otro taller hallaría un

tonel tan bueno como el reservado al obispo.

Maese Martin apenas pudo contener su cólera; no osaba ofender al digno Holzschuer, estimado del consejo y de todos los vecinos. En este mismo instante Conrado batía sobre las duelas con tal fuerza que retumbaba todo el taller. La cólera de Maese Martin estalló contra él, y exclamó con violencia: “Conrado de todos los diablos, ¿por qué pegas así? Tratas acaso de romperme mi tonel?”

—¿Por qué nó? contestó Conrado mirándole con audacia; ¿Por qué nó, maestríto? Y al decir estas palabras, redobló sus golpes de tal manera que los aros se reventaron, y las duelas derribaron á Reinaldo del andamio en que estaba sentado.

En el arrebató de su furor, Maese Martin se apoderó de un palo que tenía Valentin en la mano, y dió con él á Conrado en la espalda, diciéndole: “¡Toma, perro maldito.”

No bien Conrado recibió el golpe, cuando se volvió vivamente, y por un instante permaneció como petrificado; en seguida se le inflamaron los ojos, rechinó los dientes y exclamó:

mó: “¿Pegarme á mí?” Al decir esto, de un salto recogió una hacha que estaba en el suelo, y dirigió con ella un golpe tan vigoroso á Maese Martin, que le habría abierto la cabeza si Federico no hubiese empujado hacia atrás al tonelero, de modo que el hacha solamente le hirió el brazo, de donde comenzó á brotar sangre. Maese Martin perdió el equilibrio y vino al sueto. Todo el mundo se echó sobre el furioso Conrado, quien, agitando su hacha ensangrentada en el aire, exclamaba con voz terrible: “Preciso es que yo le envíe á los infiernos,” y rechazando con fuerzas de gigante á todos aquellos que le rodeaban, iba á dar á Martin, tendido en tierra, un segundo golpe, que hubiera acabado con él, cuando súbitamente se apareció Rosa en la puerta del taller, con el semblante pálido y asustado.

Tan luego como Conrado percibió á Rosa, se quedó con el hacha en la mano, inmóvil como una estatua; en seguida, arrojando el arma lejos de sí, juntó sus manos sobre el pecho y exclamó con acento que conmovió á todo el mundo: “¡Oh Dios del cielo! ¿qué es lo que he hecho?” Después se salió del taller, y nadie pensó en seguir.

le. Levantaron al pobre Maese Martin; el hacha no había penetrado sino en la envoltura de grasa que cubría su brazo, y la herida no podía ser peligrosa. De entre los aros y las duelas sacaron al viejo Holzschuer, á quien Martin había arrastrado en su caída, y hasta donde fué posible se trató de apaciguar á los niños de Marta que lloraban y gritaban atrozmente. Maese Martin estaba muy abatido, y sin embargo, aseguraba que se consolaría respecto de la herida, si no hubiese quedado destruído su hermoso tonel.

Trájose una litera para ambos ancianos, pues Holzschuer se había herido al caer. Maldijo un oficio en que se necesitaba hacer uso de instrumentos tan homicidas, y conjuró á Federico á que volviese á abrazar su noble profesión de artista.

Federico y Reinaldo, á quienes había espantado tal acontecimiento, tomaron tristemente en la tarde el camino de la ciudad. Cuando iban caminando, oyeron tras de ellos suspiros y sollozos; detuviéronse y vieron á Conrado que se les acercaba.

“¡Ah! mis queridos compañeros, les dijo con voz gemebunda; no os espantéis de

verme; vosotros me consideraréis como miserable asesino; pero no, no lo soy ciertamente. No podía obrar de otro modo; debía matar al viejo del maestro y en la actualidad ir en vuestra compañía á abrirle los cascos si fuese posible; pero no; esto es hecho; no me volveréis á ver más. Saludad á Rosa, á quien amo sobre cuanto hay en el mundo; decidle que por toda mi vida conservaré su ramillete sobre mi corazón, y que me adornaría con él si... en fin, tal vez algún día oiga ella hablar de mí. Adiós, queridos compañeros.” Y diciendo esto, huyó hacia el campo.

--Hay, dijo Reinaldo, algo de singular en este joven. No podemos juzgar de lo que ha hecho por las reglas comunes. “Tal vez el porvenir nos revele el misterio que hoy oculta Conrado.”

REINALDO DEJA LA CASA DE MAESE MARTIN.

Todo lo que tenía antes de animación el taller de Maese Martin, se convirtió en tristeza. Reinaldo, imposibilitado de trabajar, permanecía en su alcoba: Martin, con el brazo vendado, se quejaba sin cesar de su heridor. Rosa, Marta y sus hijos no osaban volver al teatro de tan desoladora escena. Federico trabajaba solo sin tregua, y los golpes de su mazo resonaban en el taller desierto, como resuenan los golpes del leñador en el bosque durante el otoño. Un fastidio profundo pesaba sobre el alma de Federico, pues creía reconocer claramente lo que había sospechado de mucho tiempo atrás; ya no dudaba del amor de Rosa á Reinaldo. No sólo dirigía en otro tiempo á Reinaldo dulces palabras y miradas afectuosas, sino que desde que este joven no venía al taller, Rosa permanecía en la casa, sin duda con el objeto de cuidarle.

En la hermosa mañana de un domingo, Maese Martin, curado ya de su herida, invitó al joven oficial á que con él y Rosa vienesse á la pradera del común; pero Federico, oprimido por su dolor, no aceptó la invitación y se retiró cerca de la colina donde encontró por primera vez á Reinaldo. Echóse sobre el césped, y cuando se puso á pensar en la brillante estrella de la esperanza que lucía en su camino y que al presente se había ocultado en las tinieblas; cuando convino en que todos sus esfuerzos se parecían solamente á un sueño vano, sus ojos se llenaron de lágrimas, que cayeron sobre las flores, cuyas corolas se dirigían hacia él como para asociársele en sus pesares. Federico suspiró y cantó estos versos:

“¡Oh dulce flor de la esperanza mía!
¿Por qué te marchitaste ya en mi seno?
¿Qué has hecho de mi afán y mi alegría?
Suéltese el aquilón y estalle el trueno:
Venga su luz á iluminar mi faz.

¡Todo acabó! ¿Mis pasos vacilantes
Adónde dirigir? Las mustias flores,
Gala y orgullo de los prados antes,
Aconsejan la muerte á mis dolores.
¿Sólo en la tumba encontraré la paz!”

Muchas veces la más profunda tristeza

se calma por medio de los suspiros y de las lágrimas, y un rayo alegre de sol penetra en el alma al través del llanto: cuando Federico hubo cantado estos versos, sintióse más tranquilo y más fuerte. La brisa de la tarde, los objetos invocados por él, parecían dirigirle palabras de consuelo, y en el sombrío firmamento vió brillar rayos dorados de luz, como los sueños de una dicha lejana. Levantóse y bajó á la villa; parecía que Reinaldo caminaba todavía á su lado; recordaba cuanto le había oído decir, y cuando vino á su memoria la comparación de los dos pintores amigos luchando uno con otro, creyó que se descorría un velo ante su vista. “Sin duda, se dijo, Reinaldo había visto ya y amado á Rosa. Este amor era lo que le atraía á Nuremberg, á la casa de Maese Martin, y hablando de los dos artistas, quería sin duda designarse él mismo y designar á su compañero de oficio, pretendiendo ambos la mano de Rosa.” Aun oía Federico las palabras que Reinaldo le dirigió entonces: “Los verdaderos amigos deben marchar juntos hacia el mismo objeto, sin artificios ni desunión. El odio y la envidia no pueden penetrar en los corazo-

nes generosos.”—“Si, exclamó Federico, quiero, amigo mío, dirigirme á tí con franqueza: tú me dirás si debo ó no perder toda esperanza.

A la mañana siguiente llamó á la puerta de Reinaldo; como nadie respondía, dió vuelta á la llave y entró, pero en el mismo instante quedó petrificado. Rosa estaba pintada ante él, en todo el brillo de su gracia y de su juventud, iluminada por los rayos del sol. El tiento puesto sobre la mesa y los colores húmedos extendidos en la paleta, indicaban que se había trabajado recientemente en el cuadro.

—¡Oh Rosa! ¡Rosa! ¡Dios del cielo! murmuró Federico.

Reinaldo que se había acercado tras él, le tocó la espalda y le dijo riéndose: “Veamos, Federico; ¿qué piensas tú de mi obra?”

Federico le estrechó contra su pecho y exclamó: “¡Oh, maravilloso artista! Todo lo comprendo ahora: Tú eres quien ha ganado el premio. ¿Cómo hubiera podido, miserable de mí, disputártele? ¿Qué soy á tu lado? ¿Qué es mi arte en comparación del tuyo? Y sin embargo; yo también tenía

algo en el corazón. No te burles de mí, querido Reinaldo: mira, yo pensaba cuán hermoso sería modelar la encantadora forma de Rosa y vaciarla en plata fina; pero esto era una niñería. ¿Y tú...y tú...? ¡Cuán hermosa es y cómo nos sonrío en este retrato! ¡Ah, Reinaldo! ¡Feliz mortal! Se ha realizado lo que tu habías predicho: ambos hemos luchado y te coronó la victoria; tú eres quien debía vencer, y mi corazón te seguirá siendo adicto; pero es preciso que yo salga de esta casa y que me aleje de esta tierra: yo no puedo permanecer aquí: me moriría si me fuese preciso ver á Rosa otra vez. Perdóname, digno amigo mío: hoy mismo quiero partir, quiero ir muy lejos, llevando conmigo mis pesares.”

A estas palabras, Federico hizo un movimiento para alejarse: Reinaldo le detuvo y le dijo con ternura: No te vayas, todo se terminará de muy diverso modo de el que supones. Ha llegado el tiempo de decirte lo que te había ocultado. Ya tú ves que no soy tonelero, sino artista, y, según puedes reconocer, no un artista vulgar. En mi primera juventud, fuí á Italia, tierra de las artes, y logré entrar en relaciones con grandes

maestros, cuyas lecciones y excitativas conservaron en mí el fuego sagrado. Adquirí celebridad: mis cuadros hicieron ruido en toda la península, y el duque de Florencia se sirvió llamarme á su corte. Entonces desdeñaba yo el arte alemán, y sin haber visto vuestras obras maestras nacionales, hablaba de la sequedad de tono y del dibujo incorrecto de vuestro Dürero y de vuestro Kranach. Cierta día un mercader de cuadros trajo á la galería del gran duque una madona de vuestro viejo Dürero, é hizo en mí tal impresión, que en el mismo instante resolví venir á Alemania, para observar y estudiar sus obras artísticas. Llegaba á Nuremberg, y, al hallarme con Rosa, creí ver en ella la imagen animada de la madona que me había tan vivamente conmovido. Mi corazón, lo mismo que el tuyo, ardió en amor. Esperaba poder aproximarme á la joven con aquella libertad que reina entre los italianos; pero todas mis tentativas fueron inútiles: era imposible entrar en la casa de Maese Martin bajo un pretexto frívolo. Ví nome entonces la idea de presentarme como pretendiente; pero supe que Maese Martin había resuelto no dar su hija sino á un

tonelero. Por último, decidíme á ir á Estrasburgo, estudiar allí el oficio de tonelero, y volver en seguida á casa de Maese Martin. Lo demás encomendélo á la Providencia. Tú bien sabes cómo he realizado mi proyecto; pero no sabes que Maese Martin me ha dicho hace algunos días, que podría yo llegar á ser un buen tonelero y que me admitiría para yerno de muy buena voluntad, pues había notado que procuraba conquistar el cariño de Rosa, y que ésta me oía con placer.

—¿Podía ser de otro modo? exclamó Federico, lleno de un violento dolor. Sí, sí, Rosa debe pertenecerte. ¿Cómo me atreví yo á soñar igual dicha?

—Te olvidas, contestó Reinaldo, de que Rosa no ha confirmado todavía las observaciones del hábil tonelero. Cierta es que ella siempre ha sido cariñosa y benévola conmigo; pero no es ese el idioma del amor. Prométeme, hermano mío, que permanecerás pacíficamente en la casa durante tres días, trabajando en el taller como de costumbre; pudiera yo acompañarte en el trabajo; pero desde que comencé este retrato, todo lo relativo á tonelería me causa repug-